



Espacios e identidades transitorias en las narraciones sobre el exilio. *Transit* de Anna Seghers y *Zwischenstationen* de Vladimir Vertlib¹

Ana Giménez Calpe²

Recibido: 22 de noviembre de 2017 / Aceptado: 11 de febrero de 2018

Resumen. El presente artículo aborda la experiencia del exilio retratada en las novelas *Transit* de Anna Seghers y *Zwischenstationen* de Vladimir Vertlib a partir de la noción de lo transitorio. Para ello, me centraré no solo en la caracterización de los espacios del exilio como supuestos espacios de tránsito, sino también en el carácter cambiante de la identidad de los protagonistas, que consiguen acercarse, transitar, a las nuevas culturas de los países de acogida. Analizar las experiencias interculturales retratadas en las novelas nos permitirá nuevas lecturas de *Transit*, una obra ampliamente estudiada, así como constatar cómo la literatura del exilio clásico alemán anticipa ya algunos aspectos de novelas contemporáneas como *Zwischenstationen*.

Palabras clave: Literatura del exilio; Anna Seghers; Vladimir Vertlib; interculturalidad; tránsito.

[en] Transitory Spaces and Identities in the Narrations about Exile. Anna Seghers' *Transit* and Vladimir Vertlib's *Zwischenstationen*

Abstract. This article explores the experience of exile described in Anna Seghers' *Transit* and Vladimir Vertlib's *Zwischenstationen* from the perspective of the transitory. To that end, I will not only analyze the characterization of the exile spaces as assumed transit spaces, but also the characters' changing identities, as it will be argued that the characters are able to get closer to the new cultures in the host countries. By analyzing the intercultural experiences that are described in both novels, I will not only suggest a new interpretation for *Transit*, a much studied text, but also confirm that the classic German exile literature anticipates some aspects of contemporary texts like *Zwischenstationen*.

Keywords: Exile Literature; Anna Seghers; Vladimir Vertlib; Interculturality; Transit.

Sumario. 1. Introducción. 2. La prohibición de cruzar la frontera: el poder de los discursos nacionales y las posibilidades de subversión. 3. El encuentro con otras culturas: las posibilidades críticas del exilio. 4. Espacios e identidades transitorias. 5. Conclusiones.

Cómo citar: Giménez Calpe, A., «Espacios e identidades transitorias en las narraciones sobre el exilio. *Transit* de Anna Seghers y *Zwischenstationen* de Vladimir Vertlib», *Revista de Filología Alemana* 26 (2018), 103-120

¹ Este artículo ha sido elaborado en el marco del Proyecto de Investigación "Representaciones contemporáneas del perpetrador de violencias de masas: conceptos, relatos e imágenes" (HAR2017-83519-P), financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad.

² Universitat de València (España)
ana.gimenez@uv.es

1. Introducción

En su estudio “Entortung und Identität: Ein Thema der modernen Exilliteratur”, Elisabeth Bronfen describe la experiencia del exilio como una presencia simultánea en dos lugares, como un vivir escindido entre dos mundos y culturas:

Ich benutze Exil also im Sinne eines dritten Bereiches - zwischen einem ursprünglich verlorenen und einem sekundär erworbenen Ort, [...] zwischen einer Vergangenheit, die sich als solche durch den Verlust des Heimortes als unwiderruflich verloren abzeichnet und einer Zukunft, die auf irgendeine Weise auf das Verlorene Bezug nimmt (Bronfen 1994: 71).

Precisamente esta idea de lo transitorio, tanto a nivel temporal como espacial, la encontramos anunciada en los mismos títulos de las dos novelas en las que me centraré en el presente artículo, *Transit* de Anna Seghers (1944/1948)³ y *Zwischenstationen* de Vladimir Vertlib (1999). Ambos textos retratan los intentos de sus protagonistas de construir un proyecto vital tras haberse visto obligados a abandonar el país de origen, si bien en contextos históricos y geográficos completamente diferentes. El protagonista de *Transit* es un joven alemán que huye del nazismo y que, tras haber escapado de un campo de prisioneros en Francia, se encuentra en Marsella, ciudad portuaria desde la que muchos de los personajes de la novela esperan emprender el viaje en barco a tierras americanas. También el protagonista de *Zwischenstationen* se ve obligado a abandonar su ciudad natal de San Petersburgo y acompañar a sus padres en un periplo que les lleva a diferentes países. Debido a las ideas sionistas del padre, la familia se traslada a Israel, mas tampoco aquí logra establecerse definitivamente, pues, descontento con algunos aspectos de la política del país, el padre del narrador prefiere dirigirse con su familia a Austria y, posteriormente, a Holanda, Italia y Estados Unidos.

Si bien existen diferencias evidentes entre una y otra novela relativas al contexto histórico y a la motivación para emprender el exilio, ambos textos comparten, sin embargo, la conciencia de sus protagonistas de que es en el espacio de tránsito, ese que discurre entre los dos mundos a los que hace referencia Elisabeth Bronfen, donde es posible configurar la propia identidad, así como vencer las sensaciones de soledad y marginación. Al protagonista de *Zwischenstationen* no le queda otra alternativa, pues su paso de niño a adulto se produce precisamente durante continuos viajes entre países. Aunque no sin dificultad y sufrimiento, el narrador protagonista aprende finalmente a desenvolverse en los diferentes espacios y acaba por comprender que su identidad es el resultado de lo aprendido en todos ellos. El personaje de *Transit* es ya un joven adulto cuando llega a Marsella, mas es aquí, en este espacio supuestamente transitorio, donde consigue zanjar su “juego” con las identidades y acabar de una vez por todas con la sensación de soledad que le acompañaba hasta el momento. En el proceso de ambos, en cualquier caso, resultan determinantes las relaciones personales que, con mayor o menor dificultad, establecen los protagonistas en los nuevos países. Por ello, en este artículo haremos hincapié

³ En 1944, durante el exilio mexicano de Anna Seghers, la novela fue publicada primero en sus traducciones inglesa y española; posteriormente, en 1948, apareció la primera edición en alemán. Véase Hiltzinger 2000: 179.

en las vivencias de transfer cultural que los personajes tienen en los países de acogida y nos centraremos en ver cómo los textos cuestionan la noción de identidad nacional como una categoría estable.

Analizar las experiencias de los personajes como exiliados atendiendo especialmente a la relación que estos establecen con el país de acogida ha supuesto un nuevo impulso para el estudio de las obras del exilio clásico alemán, tal y como explica Doerte Bischoff en su artículo “Exil und Interkulturalität – Positionen und Lektüren” (Bischoff 2013: 97). En este sentido, Sabina Becker y Robert Krause han hablado en su prólogo del volumen *Exil ohne Rückkehr. Literatur als Medium der Akkulturation nach 1933* de un cambio de paradigma en el estudio de la literatura alemana del exilio escrita entre 1933 y 1945 (Becker y Krause 2010: 2). Si bien durante años dominó la visión de los autores exiliados como representantes de “la otra Alemania” y se impuso una lectura de los textos centrada en el análisis de la pérdida de la patria, desde finales del siglo pasado ha crecido el interés por estudiar los procesos de aculturación que retrataron los autores exiliados. Con el presente artículo nos sumamos, pues, a esta actual línea de investigación, con el objetivo de introducir nuevos elementos de análisis con los que enriquecer las ya existentes interpretaciones de *Transit*, una de las novelas más conocidas de la literatura clásica del exilio, lo que a su vez nos ayudará a comprender mejor un texto de 1999 como *Zwischenstationen*. Para ello, deberemos dejar a un lado en el análisis aspectos fundamentales de las novelas, como la relación amorosa del protagonista de *Transit* con el personaje de Marie o la discusión en torno a la identidad religiosa judía que presentan los personajes de *Zwischenstationen*. El objetivo del artículo no es ofrecer un análisis completo de cada uno de los textos, sino comprender mejor la visión sobre el exilio propuesta en las novelas a partir del análisis de las relaciones interculturales entre los personajes, así como del concepto de transitoriedad asociado en los textos tanto a los espacios como a las identidades de los protagonistas.

2. La prohibición de cruzar la frontera: el poder de los discursos nacionales y las posibilidades de subversión

Debido a los diferentes contextos históricos que recrean cada una de las novelas, la problemática de uno y otro texto es distinta. La historia de *Transit* es bien conocida: su narrador, de nacionalidad alemana, vive una situación de grave peligro. A principios de la Segunda Guerra Mundial, y tras haber escapado de un campo de prisioneros, se encuentra en Francia para escapar de la amenaza nazi, que se extiende ya por diversos países de Europa. Los protagonistas de *Zwischenstationen*, una pareja y su hijo pequeño, abandonan la Unión Soviética tras sufrir la represión política y el antisemitismo de principios de los setenta en el país. Sin embargo, los tres miembros de la familia no consiguen establecerse definitivamente en Israel, su primer destino, pues el padre del protagonista, decepcionado, decide buscar suerte en otros lugares, haciendo así que la familia se traslade a diferentes países.

A pesar de las diferencias, ambas novelas dibujan una constelación dominada por el poder de las fronteras nacionales. En la novela de Seghers, la ciudad portuaria de Marsella brinda a los exiliados la última oportunidad de salvación. Sin embargo, viajar a América solo es posible si se cuenta con los papeles necesarios. El

mar, al que el protagonista hace referencia en numerosas ocasiones, transcurre como una línea imaginaria que separa dos mundos distintos: “Das Stück blauen Wassers, da unten am Ende der Cannebière, das also war der Rand unseres Erdteils, der Rand der Welt, die, wenn man will, vom Stillen Ozean, von Wladiwostock und China, bis hier reist. Sie heißt nicht umsonst die Alte Welt. Hier aber war sie zu Ende” (Seghers 1966: 44). Más allá del mar, sin embargo, se extiende un terreno desconocido. Por ello, la novela no da cuenta en ningún momento de lo que ocurre “al otro lado” (“drüben”), sino que describe la espera, mejor aún, la desesperación de los exiliados hasta conseguir el soñado pasaje. En este sentido, no se puede pasar por alto el valor testimonial del texto de Seghers, que describe con detalle la problemática y el sufrimiento de los exiliados. No son pocas las lecturas que, en esta línea, han abordado esta dimensión de la obra y han analizado el retrato que hace *Transit* de la vida de los exiliados, cuyas existencias quedan irremediabilmente marcadas por absurdas y arbitrarias decisiones burocráticas que tanto recuerdan a la parábola de Kafka⁴. Uno de los personajes que mejor transmite la impotencia de los exiliados frente al poder y a la arbitrariedad de los funcionarios es el director de orquesta, al que siempre le falta un papel para emprender el viaje en barco. Buen conocedor de la larga y costosa burocracia necesaria para salir de Marsella —es el primero que se la explica al protagonista—, muere irónicamente cuando finalmente consigue reunir todos los papeles. Como él, la novela retrata el sufrimiento de muchos otros exiliados, para los que el mar se convierte en un obstáculo insalvable: “Vor meinen Augen strömte sie an, mit ihren zerrissenen Fahnen aller Nationen und Glauben, die Vorhut der Flüchtlinge. Sie hatten ganz Europa durchflüchtet, doch jetzt vor dem schmalen, blauen Wasser, das unschuldig zwischen den Häusern glitzerte, war ihre Weisheit zu Ende” (Seghers 1966: 47). El inocente destello del mar no oculta, sin embargo, que este dibuja una línea imaginaria e invisible, una línea que condena al fracaso los intentos de los exiliados de traspasar las fronteras nacionales para proseguir su huida.

También los personajes de *Zwischenstationen* sufren del poder burocrático que imponen los funcionarios de los consulados. Tras abandonar Israel y ante la imposibilidad de volver a la Unión Soviética, el principal objetivo de los padres del protagonista es encontrar un país que les permita trabajar y establecerse definitivamente. Aunque su situación es menos dramática que la de los exiliados de *Transit*, la familia vive en todo momento condicionada por la búsqueda de los papeles necesarios: para trabajar, para quedarse en un determinado país o para poder viajar a otros. En Ámsterdam, ciudad a la que llegan tras pasar primero por Israel y luego por Austria, la espera y los tiempos muertos marcan la vida del narrador y de sus padres: “Amsterdam war ein durchschaubares Labyrinth aus Wasser und Stein. Auf unseren Spaziergängen suchten wir die Wartezeit abzukürzen. Doch die Zeit schien stillzustehen” (Vertlib 2005: 79). Sin embargo, también aquí los personajes han de enfrentarse continuamente a las negativas de los funcionarios y diplomáticos. Su imposibilidad de conseguir un visado pone de relieve una vez más los límites que las fronteras nacionales imponen a exiliados y emigrantes. La familia del protagonista ve sistemáticamente frustradas las ilusiones, fundamentalmente las del padre,

⁴ Sobre la referencia al texto de Kafka *Vor dem Gesetz*, véase Rilla 1955: 320. Para otras interpretaciones más recientes que también estudian la representación de la difícil y peligrosa situación de los exiliados véase, entre otros, Meyer 2011: 121 y Placke 2011: 157.

de vivir en países ricos, progresistas y libres de antisemitismo, como Holanda, Noruega o Dinamarca. Por ello, se ven obligados a volver a Israel por segunda vez, único país que les reconoce como ciudadanos nacionales.

Ahora bien, al mismo tiempo que ambas novelas descubren el poder de las fronteras nacionales, señalan también las fisuras de las mismas. Por ello, en *Zwischenstationen* la familia protagonista no cesa su tránsito entre países. Las prohibiciones y las trabas burocráticas nunca son suficientes para frenar a los personajes, que precisamente con su movimiento constante problematizan la idea de los límites fronterizos como separación estable entre naciones. En contra de lo que anuncian los discursos oficiales, las fronteras son porosas y las idas y venidas entre naciones son posibles a pesar de todo. El cónsul americano corrupto, que concede a la familia del protagonista un visado de turista a cambio de diez mil dólares, es solo un ejemplo más de los recursos con que cuentan los personajes para enfrentarse a los límites y las prohibiciones del discurso oficial.

En el caso de *Transit*, esto es posible gracias al particular juego de identidades que pone en práctica el protagonista. Sobre la verdadera identidad del personaje apenas tenemos información; tan solo la que el narrador decide contar a un oyente ficticio al que le narra su historia. Así leemos que este llegó a Marsella con 27 años tras haber huido de un campo de prisioneros en Francia. En ningún momento, sin embargo, descubrimos su verdadero nombre, pues los únicos nombres que recoge la novela son los falsos “Seidler” y “Weidler”. “Seidler” es el nombre que aparece en el falso carnet de refugiado que le proporciona una amiga, mientras “Weidler”, el nombre de un escritor fallecido a cuyos papeles tiene acceso el personaje, es la forma por la que este se presenta ante las autoridades de Marsella. Para Simela Delianidou, el personaje consigue distanciarse de los absurdos procedimientos burocráticos de Marsella precisamente a partir de este juego con las identidades falsas, que, entre otras cosas, le permite sobrevivir⁵. Efectivamente, en las mismas circunstancias que otros exiliados, el narrador no se deja engullir por la absurda burocracia, como le ocurre al director de orquesta, sino que juega con ella y consigue valerse de la misma en su propio beneficio. Este juego no solo le permite sobrevivir, sino que además resulta fundamental para mostrar a los lectores el carácter absurdo del mismo proceso burocrático. El juego adquiere así una dimensión crítica, que refleja el funcionamiento caprichoso y arbitrario del sistema, pero también la posibilidad de desafiar al mismo, de escabullirse de unas reglas absurdas gracias a travesías e ingeniosas maniobras.

Ahora bien, todavía más interesante resulta el momento en el que el protagonista decide dejar de jugar. En la novela, los discursos oficiales son los encargados de determinar qué es transitorio o qué es definitivo, quién puede proseguir el viaje y quién debe quedarse. Con su decisión de zanjar el juego de las identidades falsas y quedarse en Marsella de forma definitiva, el protagonista cuestiona la validez abso-

⁵ Véase Delianidou 2010: 160. Del mismo modo, resulta de gran interés la tesis de Delianidou de que es en el exilio donde el personaje puede construir su identidad: “Im Zentrum [von *Transit*] steht die Identitätsarbeit der Figuren angesichts der Identitätslosigkeit vor und während des Exils. [...] Der Identitätslosigkeit vor dem Exil folgt die Aufforderung zur Identitätsarbeit im Exil” (Delianidou 2010: 146). En este sentido, mi interpretación coincide en varios aspectos con su propuesta, si bien la suya se centra en el análisis de la identidad del personaje en un sentido amplio, mientras que yo me centro en el carácter intercultural de la misma.

luta de estas reglas, las que regulaban el tránsito entre países durante la Segunda Guerra Mundial. Su acto de subversión no consiste, como en el caso de los personajes de *Zwischenstationen*, en desatender la prohibición y cruzar efectivamente la frontera, sino en negarse a hacer lo que de él esperan las autoridades, en negarse a jugar con las normas nacionales imperantes, tal y como trataremos de mostrar más adelante.

3. El encuentro con otras culturas: las posibilidades críticas del exilio

En el prólogo del volumen “Exil ohne Rückker. Literatur als Medium der Akkulturation nach 1933” al que nos hemos referido con anterioridad, Sabine Becker y Robert Krause explican cómo el estudio de los procesos de aculturación, que en un principio fueron abordados desde los ámbitos de la historia, la antropología y la psicología, resultaron con posterioridad de gran relevancia en el análisis de textos literarios (Becker y Krause 2010: 2-3). Efectivamente, para el estudio de las dos novelas de este artículo, resulta fundamental analizar no solo las relaciones interculturales de los personajes, sino también comprender cómo los narradores protagonistas de ambos textos culminan de forma satisfactoria sus procesos de aculturación, en tanto que consiguen adaptarse e integrarse finalmente en la cultura de los países de acogida. En este sentido, tal y como afirma Carolina Delfau en su análisis de los textos de Anna Seghers *Transit* y *Überfahrt*, el exiliado es capaz de acercarse a una nueva cultura y apropiarse parcialmente de la misma, lo que sitúa la experiencia del exilio una vez más en el ámbito de lo transitorio, por cuanto permite transitar, acercarse al otro: “Die (partielle) Aneignung des Fremden kann also als transitorischer Prozess, als Hinübergehen zum Anderen verstanden werden” (Delfau 2010: 39). La concepción de lo transitorio asociada al exilio no se da pues únicamente en su dimensión espacial o temporal, sino que es clave también para analizar los cambios producidos en la identidad de los exiliados. En la relación entre estos y la nueva cultura, la edad de los exiliados resulta, sin embargo, determinante. Mientras *Transit* describe cómo el personaje se readapta a una nueva situación tras conseguir sobreponerse a la experiencia de la pérdida de la patria y adquiere una identidad intercultural en el exilio, en *Zwischenstationen*, el protagonista, que abandona su casa de niño, no tiene una identidad nacional ya formada. Al contrario, conforma su identidad gracias a las experiencias que tiene en los diferentes países, siendo precisamente el carácter intercultural uno de sus rasgos identitarios fundamentales.

Para comprender el proceso de aculturación que tiene el protagonista de la novela de Seghers, es necesario centrarnos en la descripción que la novela hace de Marsella. La ciudad no solo es el lugar de encuentro entre personas de diferentes culturas y nacionalidades, sino también un espacio que da cobijo a quienes viven en ella de forma permanente. En la ciudad conviven, pues, dos mundos diferenciados: por un lado, el mundo de los exiliados, para los que Marsella es una ciudad de paso en su huida del régimen nazi; por otro, el mundo de la cotidianeidad y la estabilidad de los habitantes de Marsella. Desde un principio, el protagonista parece poco interesado por los procedimientos burocráticos para salir de Francia. Ni siquiera su motivación para llegar a la ciudad coincide con la del resto de exiliados,

pues en ningún momento la concibe como el espacio que le permitirá proseguir con su huida: “Ich hatte schon immer Marseille sehen wollen, ich hatte außerdem Lust auf eine große Stadt” (Seghers 1966: 28). Por eso, al llegar a Marsella, se centra en admirar y celebrar su belleza, en constatar la tranquilidad que le produce la ciudad, como ocurre siempre que algo le gusta:

Bei einer Biegung des Weges sah ich das Meer tief unten zwischen den Hügeln. Etwas später sah ich die Stadt selbst gegen das Wasser. Sie erschien mir so kahl und weiß wie eine afrikanische Stadt. Ich wurde endlich ruhig. Die große Ruhe kam über mich, die dann immer über mich kommt, wenn mir etwas sehr gut gefällt. Ich glaubte beinah, ich sei am Ziel. In dieser Stadt glaubte ich, müßte endlich alles zu finden sein, was ich suchte, was ich immer gesucht hatte (Seghers 1966: 28).

En este sentido, el mundo que despierta especialmente el interés del personaje es el de los ciudadanos de Marsella, que prosiguen con sus vidas al margen de la problemática de los que intentan huir. Como exiliado, el protagonista narrador tiene que participar del juego burocrático de la ciudad, aunque, como he comentado, lo hace adoptando cierta distancia. Y, además, con poco convencimiento, pues en muchas ocasiones prefiere dedicar el tiempo a relacionarse con los habitantes de la ciudad.

Su acercamiento a la cultura del país de acogida se produce fundamentalmente a través de la familia Binnet, que ayuda al protagonista en las distintas fases de su exilio, primero en París y luego en Marsella. Con un comportamiento que el narrador califica como sensato (“vernünftig”), la familia ofrece al protagonista su ayuda sin que la nacionalidad alemana de este suponga impedimento alguno: “Jetzt [...] erwies sich die klare Vernunft der Familie Binnet für mich als ein Segen. Sie freuten sich, nahmen mich auf. Sie verwechselten mich auch nicht mit den Nazis, weil ich ein Deutscher war” (Seghers 1966: 11). Una vez establecido en Marsella, la casa de Georg Binnet y su familia ofrece al personaje un refugio en el que escapar momentáneamente de la dinámica que rige la vida de los exiliados, marcada por la espera y la provisionalidad. La casa adquiere así, tal y como ha señalado Ute Gerhard, un carácter simbólico, en tanto que se opone a los espacios que habitan los exiliados, los hoteles y cafés: “Der symbolische Ort der Treue und Zuverlässigkeit ist die Familienwohnung in Opposition zu Hotels und Cafés” (Gerhard 2001: 103). También para Caroline Delfau, que emplea en su análisis la teoría de las heterotopías de Foucault, la solidez de la casa de los Binnet es para el narrador protagonista el espacio en el que olvidarse momentáneamente de su situación de exiliado: “Als Ausnahme in dieser Kulisse ‘provisorischer Halteplätze’ mag das Haus der Binnets gelten: Wie eine Festung thront es mit seinem alten, massiven Türknäuf über dem Hafen” (Delfau 2010: 42).

En la casa, el personaje se acerca a personas de otras nacionalidades, con las que estrecha fuertes lazos de amistad. Esta se manifiesta en la preocupación constante del protagonista por el hijo de Claudine, la pareja de su amigo Georg Binnet, y en su intento de proporcionarle comida y cuidados. Pero además es la que permite que el personaje narrador supere finalmente su sensación de soledad y encuentre arraigo tras su constante vagar como exiliado. Un arraigo que constata el francés

George Binnet al final de la novela: “Er [Binnet] rührte sich seinen Seifenschäum, dabei fuhr er fort: ‘Für dich ist es richtig zu bleiben. Was sollst denn du da drüben? Du gehörst zu uns. Was uns geschieht, geschieht dir’” (Seghers 1966: 184).

Para llegar a esa sensación final de arraigo, el protagonista pasa por un proceso complejo, que le hace reflexionar sobre su experiencia como exiliado y como extranjero. Si bien al principio de la novela el narrador se describe a sí mismo como un extranjero que cruza Francia, a medida que avanza la narración, aumenta en él la sensación de haber encontrado en Marsella su propio hogar. El personaje no mantiene siempre una misma postura acerca de su identidad nacional, sino que la va readaptando conforme se acerca más a la cultura y a sus amigos franceses. A raíz de sus encuentros con la familia Binnet, el personaje narrador se replantea algunas de sus creencias, articuladas hasta entonces en torno a planteamientos nacionales, y decide que no sea su procedencia nacional la que determine su vida y sus relaciones con los demás. De esta forma, la novela cuestiona la idea de una identidad nacional fija y estable (Delianidou 2010: 157). Pero, sobre todo, desvincula la sensación de arraigo a la procedencia nacional de los personajes, pues presenta la creación de grupos interculturales que posibilitan el arraigo en otros espacios distintos al país de origen.

También la pareja de George Binnet, Claudine, que nació en Madagascar, niega sentirse extranjera en la ciudad de Marsella. Ante la sorpresa del protagonista, la mujer le recuerda: llegó a Marsella para quedarse: “Du vergißt, daß ich hiergekommen bin, um zu bleiben. Für euch ist die Stadt zum Abfahren da, für mich war die Stadt zum Ankommen. Sie war mein Ziel, genau wie für euch die anderen Städte da drüben, und jetzt bin ich eben hier” (Seghers 1966: 101). Es en Marsella donde quiere vivir, junto a su hijo y su pareja. Para ella, la patria no tiene tanto que ver con el país de procedencia como con la sensación de pertenecer a una familia y, por ende, a una comunidad. Hanna Maria Hofmann propone una interesante lectura de la novela *Transit* desde la perspectiva actual a partir del personaje de Claudine. En la Europa intercultural que presenta la novela tienen también cabida migrantes procedentes de países no europeos: “Denn die *Binnets*, die den Protagonisten zur Ersatzfamilie werden, das sind neben dem französischen Georg dessen einst von Übersee gekommene Lebensgefährtin Claudine [...] und deren ‘Knabe’ (ST 60)” (Hofmann 2016: 120). El personaje de Claudine, resuelto a permanecer en Francia para poder construir un futuro para su hijo, es un ejemplo a seguir para el protagonista, que progresivamente va comprendiendo la necesidad de formar parte de una comunidad intercultural.

Sobre el carácter intercultural de su identidad toma también conciencia el personaje de *Zwischenstationen* al final de la novela. En el último capítulo, el protagonista, ya adulto, deja a un lado la revisión de los viajes pasados que realizó junto a sus padres en sus diferentes etapas del exilio y, desde el presente, narra un último viaje, que esta vez realiza por iniciativa propia. Tras pasar varios años en la ciudad de Viena, donde la familia logra asentarse tras tener que volver de Estados Unidos, el narrador emprende un viaje a Salzburgo, “die tiefste Provinz” (Vertlib 2005: 292) para vivir con su novia. Durante el trayecto reconoce la influencia de sus experiencias infantiles en su actual forma de pensar y de sentir y se define diferente a los que no pasaron por situaciones similares: “Diese Frau brauchte sich zumindest über ihre Zugehörigkeit keine Gedanken zu machen. Sie hatte ihren festen Platz in

der Welt. Ich aber musste ständig an meine Phantasien als Jugendlicher denken, an meine Sehnsüchte nach dem fernen Kanada oder Australien” (Vertlib 2005: 296-297).

La carencia de una patria, de un único país que considerar como tal, permite al personaje adquirir una identidad intercultural. Frente a las definiciones que le asignan los demás, que le obligan a encajar en una concepción estable de identidad, el protagonista prefiere desplazar la discusión a un plano humanista y universal: “‘Es gibt nur Menschen’, sage ich. ‘Diese Einteilung in Juden, Gojim, Inländer, Ausländer, Europäer, Nichteuropäer kotzt mich an’” (Vertlib 2005: 287). La novela cuestiona así una concepción homogénea de la identidad, basada en oposiciones binarias, tanto desde el punto de vista religioso como de la procedencia nacional. El personaje llega a esta concepción de la identidad gracias a su experiencia como exiliado y, sobre todo, gracias a la posibilidad que tiene de escuchar a diversas personas con diferentes visiones sobre su condición nacional. Como explica Constanze Rampersger, la polifonía de la novela hace que “suenen” y tengan cabida en ella las más diversas posiciones: “Die Multiperspektivität des Romans stellt essentialistische Auffassungen von Heimat und Identität zur Disposition, bietet somit einen Raum für divergierende Positionen und akzentuiert zudem den Konstruktionscharakter, der diesen essentialistischen Vorstellungen inhärent ist” (Rampersger 2013: 572-573). La condición de exiliado del protagonista le otorga una posición crítica, desde la que cuestionar posturas ortodoxas que proponen definiciones nacionales esencialistas⁶.

Sin embargo, el camino hasta llegar a esta postura crítica resulta complejo y doloroso⁷. La relación que tiene el narrador de *Zwischenstationen* con los personajes de los distintos países en los que reside es menos amistosa que en la novela *Transit*, y está marcada por la condición de alteridad que le asignan los demás en cada uno de los espacios de la novela. En San Petersburgo, es fundamentalmente por su condición de judío por la que el resto le ve como el otro, mientras en Israel lo es por su estatus de extranjero. Por su parte, en Viena, el personaje es marginado tanto por su condición de extranjero como de judío. A los intentos de definirle como el otro, el personaje responde, sin embargo, con ironía y juegos de palabras: “Von den Lehrern konnte mich der Turnlehrer nicht sonderlich gut leiden. In einer der ersten Stunden hatte er mir, wohl wegen des hörbaren slawischen Akzents, die Frage gestellt: ‘Bist du Jugoslawe oder was?’ ‘Ich bin das *Oder Was*’, antwortete ich. Noch heute bin ich stolz auf diese schlagfertige Antwort” (Vertlib 2005: 170). La novela pone así de manifiesto la concepción de identidad homogénea (y, en estos casos, también discriminatoria) por la que se rige el resto de personajes, pero tam-

⁶ Sobre las posibilidades críticas de la experiencia del exilio véase el artículo de Edward Said “Reflexions on Exile”: “While it perhaps seems peculiar to speak of the pleasures of exile, there are some positive things to be said for a few of its conditions. Seeing ‘the entire world as a foreign land’ makes possible originality of vision. Most people are principally aware of one culture, one setting, one home; exiles are aware of at least two, and this plurality of visions rise to an awareness of simultaneous dimensions, an awareness that – to borrow a phrase from music – is *contrapuntal*” (Said 1984: 172).

⁷ Siguiendo con el artículo de Edward Said, este también insiste en remarcar el sufrimiento que tienen los exiliados, más allá de la importancia que la figura del exiliado haya adquirido como motivo literario en la literatura moderna: “You must first set aside Joyce and Nabokov and think instead of the uncountable masses for whom UN agencies have been created. You must think of the refugee-peasants with no prospect of ever returning home, armed only with a ration card and an agency number” (Said 1984: 160).

bién los intentos del protagonista de resistirse a ella y proponer para sí mismo una identidad mucho más compleja y plural (Riegler 2010: 139-140).

En estas difíciles situaciones, el protagonista aprende a adaptarse a los distintos ambientes, en un intento de tener, a pesar de todo, una existencia lo más llevadera y cómoda posible. En el ámbito escolar, esto lo consigue fundamentalmente gracias a sus dotes para aprender nuevos idiomas y a su capacidad para estudiar y esforzarse, si bien, en ocasiones, su necesidad de supervivencia le lleva también, como al protagonista de *Transit*, a recurrir al uso del ingenio⁸. Un ejemplo de ello es el momento en que consigue el aprecio y el respeto de la profesora de alemán al hablar al resto de sus compañeros de la obra *Die Leiden des jungen Werther*, a pesar de tener un conocimiento muy superficial de la misma:

Meine erfolgreiche Schulkarriere habe ich nicht unwesentlichem Maße Goethe zu verdanken. Besser gesagt, seinem berühmten *Die Leiden des jungen Werther*. Gelesen habe ich dieses Buch nie, nur einmal, mit zehn Jahren, kurz durchgeblättert, für unleserlich, uninteressant und überhaupt recht eigentümlich befunden. Ich hatte das Büchlein, eine dünne gelbe Reclam-Ausgabe, auf dem braunen Holzsitz der Stadtbahn gefunden, als ich zum Wiener-Karlsplatz unterwegs war (Vertlib 2005: 163).

El hecho de que sea un extranjero el único alumno de la clase capaz de citar y resumir una obra de Goethe sorprende gratamente a la profesora: “‘Nehmt euch ein Beispiel an ihm’, sagte die Lehrerin. ‘Er ist ein Ausländer! Er kann nicht einmal richtig Deutsch. [...] Aber offensichtlich ist er ein intelligentes Kind, das sich für Bücher interessiert’” (Vertlib 2005: 166). El personaje muestra así cómo cuestiones que fundamentan la identidad nacional, relacionadas aquí con la cultura y, concretamente, con la literatura, son constructos, que se consolidan gracias a constantes repeticiones. Con su respuesta, el protagonista desestabiliza la concepción de la identidad nacional como un rasgo esencialista, pero, además, al ser su conocimiento de la obra de Goethe más fingido que real, consigue también caricaturizar las ideas del discurso dominante y descubrir cómo este se fundamenta a partir de premisas que pueden ser simuladas.

De forma similar podemos interpretar el final de la novela, cuando el protagonista se apropia también de un determinado elemento nacional austriaco, en esta ocasión, un sombrero tirolés, si bien de forma paródica y caricaturesca. En este último capítulo, al contrario de lo narrado en todos los anteriores, el protagonista da cuenta de dos momentos en los que sí se siente (o le hacen sentirse) parte del grupo.

El primero de ellos es un recuerdo que le traslada a una escena transcurrida en el tranvía de Viena durante su época de estudiante. Ante la actitud racista de otro viajero, que critica a un hombre de piel oscura por tener problemas para utilizar la

⁸ Cuando hablo de supervivencia, es evidente que no lo hago en los mismos términos al referirme a la novela *Transit* que a la de *Zwischenstationen*. Mientras en *Transit* la lucha por la supervivencia es real, pues el protagonista está amenazado por el nazismo, en *Zwischenstationen*, los personajes, una vez que abandonan la Unión Soviética, tienen otra problemática. Tendríamos que entender la lucha por la supervivencia en un sentido más amplio y metafórico, que más bien hace referencia a los intentos de establecerse en algunos de los países a los que se dirigen ante la imposibilidad de volver a Rusia.

máquina automática de billetes, el protagonista decide involucrarse y afeard el comportamiento del viajero racista:

Ein Mann beginnt über die Ausländer zu schimpfen, die “nicht einmal Straßenbahn fahren können”. Einige Male war ich in vergleichbaren Fällen still geblieben, hatte mich nicht eingemischt. Jetzt widerspreche ich, nenne den Fahrgast einen Rassisten. Mein Kontrahent schimpft, immer heftiger wird das Wortgefecht, bis mich der Andere am Ärmel zapft und sagt: “Heast, mir san doch beide Wiener. Wos brauch ma uns streiten wegen an Ausländer?” (Vertlib 2005: 295).

Esta vez no es el protagonista el que es definido en términos de otredad, sino otro extranjero, lo que muestra una vez más, tal y como explica Stephanie Willeke en su análisis sobre la novela, que este tipo de afirmaciones sobre lo que nos convierte en extranjeros y lo que no tienen siempre un componente arbitrario, pues dependen de la situación y pueden, por tanto, construirse de formas muy diversas (Willecke 2014: 173).

El otro momento al que nos referíamos es una reflexión que él mismo hace durante su último viaje en tren, de Viena a Salzburgo, tras la desalentadora advertencia de la mayoría de sus amigos, pero fundamentalmente de sus padres, sobre el error que supone abandonar una ciudad como Viena para trasladarse a una ciudad provincial:

Plötzlich muß ich lachen. Ich bin tatsächlich zum Österreicher geworden, besser gesagt, zum Wiener. Ich muß Wien verlassen, um zu begreifen, daß ich im Laufe der Zeit alle Vorurteile dieser Stadt übernommen habe – die Selbstgefälligkeit, Überheblichkeit, Egozentrik und narzißtische Haßliebe, die Verachtung der “Provinz”, ein Minderheitsgefühl gegenüber dem Ausland und nostalgische Verklärung der einstigen Bedeutung als Metropole (Vertlib 2005: 300).

Tras haber pasado varios años en la ciudad, el protagonista siente que ha adoptado muchos de los planteamientos culturales de los vieneses, más precisamente por haber llegado a esta cultura “desde fuera”, es capaz de acercarse críticamente a ella. En este sentido, el último viaje de la capital austriaca a la provincia del país supone una vuelta de tuerca más en los intentos de la novela para desestabilizar la concepción de la identidad nacional como una categoría fija y esencialista. Cuando el padre del protagonista, contrariado por la decisión de su hijo, le augura un mal porvenir en Salzburgo, le dice que acabará con un sombrero tirolés. Precisamente, eso es lo primero que compra el personaje a su llegada a la ciudad: “Ich lasse den Koffer kurz stehen, gehe in das Geschäft und kaufe mir den erstbesten grünen Hut mit Feder. Holloraitulijöötuliahiii” (Vertlib 2005: 301). El personaje, que a lo largo de su infancia y juventud ha sabido aprender y adaptarse a las situaciones culturales más diversas, se aproxima aquí a la cultura provincial austriaca y muestra cómo ésta es también una construcción. Con su acto se ríe de la idea de la identidad nacional (o provincial) como una condición esencialista, de los prejuicios y miedos de su padre y de sí mismo. Su acto recuerda a lo que Homi K. Bhabha ha conceptualizado como la “ambivalencia del mimetismo” (Bhabha 2002: 86). La imitación

parcial e incompleta, tal y como indica Bhabha, desdibuja precisamente la diferencia en la que se fundamenta la autoridad imitada. Al imitar irónicamente la identidad de la provincia austriaca, el protagonista muestra cómo esta puede ser continuamente repetida y simulada y cuestiona así la concepción de la diferencia cultural como rasgo esencial.

4. Espacios e identidades transitorias

Para completar el estudio de las consecuencias que las experiencias interculturales tienen para los personajes de las dos novelas analizadas, haremos ahora mayor hincapié en el concepto de lo transitorio. Para ello, tomaremos como modelo de referencia el análisis propuesto por Lars Wilhelmer en su libro *Transit-Orte in der Literatur*, en el que examina las representaciones de espacios transitorios como los puertos o las estaciones en diferentes obras literarias. En su definición de los espacios transitorios, Wilhelmer explica que estos son siempre dinámicos, pues en ellos no cesa el movimiento, ya que nunca son un fin en sí mismos (Wilhelmer 2015: 35). Esto convierte al espacio de tránsito en “ein Ort des *Dazwischen* und damit der *Entgrenzung*” (Wilhelmer 2015: 38), pues la persona que los ocupa no se encuentra ni en su punto de partida ni en su punto de destino. Por ello, prosigue con su argumentación, los espacios de tránsito pueden propiciar la disolución de posiciones fijas y estables, tanto en lo que respecta a diferencias políticas, como a las sociales o culturales:

Sich im Transit zu treffen heißt, sich in jeder Hinsicht “auf neutralem Gebiet” zu treffen, fernab gewohnter Positionsbestimmungen. So können Transit-Orte den Raum für das Andere öffnen. Sie sind nicht nur *entgrenzte* Orte – als Orte zwischen territorialen oder nationalstaatlichen Grenzen – sondern auch *entgrenzende* Orte, die Ordnungen in Frage stellen und Strukturen neu verhandelbar machen können (Wilhelmer 2015:38).

En este sentido, tanto *Transit* como *Zwischenstationen*, que acontecen en espacios transitorios, posibilitan la revisión de los planteamientos dominantes en cada una de las sociedades retratadas. Desde el punto de vista de las identidades nacionales, esto supone que sus protagonistas cuestionen con sus comportamientos la idea de que su identidad nacional sea algo estable e inalterable. Tal y como hemos visto, este planteamiento crítico es posible gracias a la condición de exiliados de los personajes y, concretamente, a la necesidad de ambos de establecer relaciones con personas de otras culturas. Pero también analizar la dimensión de transitoriedad de los espacios retratados en los textos puede ser de gran utilidad para este estudio.

Precisamente a la novela de Anna Seghers dedica Wilhelmer uno de sus capítulos. En él desarrolla cómo, efectivamente, lo transitorio domina el texto. Para Wilhelmer, el puerto de Marsella es el lugar paradigmático de esta existencia transitoria, pero también los cafés o las embajadas, que los exiliados visitan en su continua búsqueda de los papeles necesarios para poder continuar el viaje, acentúan el carácter transitorio de la ciudad (Wilhelmer 2015: 200). Los exiliados conciben

estos escenarios como lugares de tránsito, como espacios que habitar solo durante el exilio, pero nunca como el destino final: “Alles war auf der Flucht, alles war vorübergehend, aber wir wußten noch nicht, ob dieser Zustand bis morgen dauern würde. Oder noch ein paar Wochen, oder Jahre, oder gar unser ganzes Leben” (Seghers 1966: 27). En la lectura de *Wilhelmer*, los espacios tienen carácter simbólico, y cabe diferenciar dos lugares contrapuestos: por un lado, el puerto, espacio simbólico de lo transitorio; por otro, la pizzería (en concreto, el horno de la misma) como el espacio de la seguridad y lo duradero: “Der Pizzaofen mit seinem offenen Feuer ist deshalb der zentrale Ort des Bleibenden, weil er explizit als Widerpart zum zentralen Transit-Ort Alter Hafen entworfen wird” (Wilhelmer 2015: 211). Sin embargo, *Wilhelmer* pasa por alto que la alusión al puerto resulta ambivalente, pues este no es siempre asociado a la vida inestable y transitoria de los exiliados. Al contrario, cuando casi al final de la novela el protagonista devuelve su billete de barco, da un paseo por el puerto y observa con atención a los habitantes de Marsella: “Der Zeitungsjunge, die Fischerfrauen auf dem Belsunce, die Händlerinnen, die ihre Läden öffneten, die Arbeiter auf dem Weg zur Frühschicht, sie alle gehörten zur Menge derer, die nie abfahren, mag geschehen, was will” (Seghers 1966: 179). Si bien el puerto aparece en la mayor parte de la novela como el espacio de tránsito de los exiliados que aguardan en él para continuar con el viaje, en este fragmento es retratado también como el hogar de los habitantes de la ciudad (Giménez 2018: 204). Esta ambivalencia en la representación del puerto es la que permite comprender el comportamiento final del protagonista, que consigue precisamente hacer de un lugar de tránsito, como lo es Marsella, un lugar en el que permanecer, tal y como hacen las vendedoras y demás trabajadores del puerto.

Es evidente que la decisión última del protagonista de quedarse en Francia al final de la novela responde a un posicionamiento político del personaje. Consciente de la solidaridad que con él ha tenido la familia Binnet, el narrador protagonista hace coincidir los intereses de la familia con los suyos propios: “So gibt mir denn diese Familie, gibt mir dieses Volk bis auf weiteres Obdach. [...] Was sie betrifft, wird auch mich betreffen. [...] Ich will jetzt Gutes und Böses hier mit meinen Leuten teilen, Zuflucht und Verfolgung. Ich werde, sobald es zum Widerstand kommt, mit Marcel eine Knarre nehmen” (Seghers 1966: 185). Finalmente, se siente preparado para la resistencia y para unirse a un movimiento europeo antifascista. Para parte de la crítica de la obra de Seghers, la obra consigue así contrarrestar con la solidaridad combativa el duro y absurdo mundo retratado en el texto. En este sentido, tal y como señala Klaus Müller-Salget, la decisión final de quedarse en la granja cercana a Marsella solo puede leerse como una consecuencia lógica de la evolución del personaje: “Keineswegs kann also der Schluß überraschend und unglaubwürdig genannt werden; er führt nur das Generalthema der Solidarität zu einem konsequenten Ende” (Müller-Salget 1989: 352). La obra dibuja, o más bien propone, una posibilidad de resistencia, factible gracias a la solidaridad internacional.

Sin embargo, si tenemos en cuenta la especificidad del espacio en que se encuentra el personaje, vemos que su resistencia no consiste únicamente en su resolución política de luchar contra el nazismo, sino también en su decisión de no someterse a las normas que regulan la permanencia en Europa durante la Segunda Guerra Mundial (Giménez 2018: 208). Si del personaje se espera que se someta a los

arbitrios de los funcionarios de los consulados, que deciden quién puede seguir y quién debe permanecer en la ciudad, el protagonista decide no someterse a estas normas y hacer de la ciudad de Marsella, un espacio supuestamente transitorio, un lugar en el que quedarse. En este sentido, cobra sentido la pregunta que formula Wilhelmer al principio de su análisis: “Doch ist *Transit* tatsächlich eine Transiterzählung?” (Wilhelmer 2015: 191). Su respuesta la encontramos casi al final del capítulo: “*Transit*, das ist eigentlich eine Erzählung über *die Suche nach dem Bleibenden* in einer Welt, in der das Transitorische längst universal geworden ist” (Wilhelmer 2015: 214). De forma similar, Ute Gerhard califica el espacio transitorio de la ciudad de Marsella como “Ort der Zerstreuung” (Gerhard 2001: 104), donde, sin embargo, el protagonista es capaz de encontrar arraigo: “Die Identitätsfindung und Verwurzelung des Protagonisten verläuft über die Verwerfung des Nomadischen. Aus dieser Perspektive formuliert er dann auch sein positives Verständnis von Transit” (Gerhard 2001: 104).

Lecturas como las de Wilhelmer o Gerhard sobre la dimensión espacial de la novela completan interpretaciones anteriores, como la de Müller-Salget, que se centran en el carácter político de la decisión final del personaje. Todas coinciden, en cualquier caso, en resaltar cómo la experiencia en el espacio transitorio resulta positiva para el protagonista. Finalmente, este consigue superar su sensación de soledad y aislamiento y sentirse parte de un grupo. Es verdad, tal y como han señalado interpretaciones anteriores, que no podemos pasar por alto la motivación política del personaje de unirse a un grupo de resistencia antifascista, pero quisiéramos resaltar también otro aspecto que se ha pasado por alto y que solo puede comprenderse si atendemos al proceso de aculturación del personaje. En este sentido, defendemos que el comportamiento del mismo es doblemente subversivo, pues no solo desafía al nazismo, al que pretende combatir, sino también a la burocracia de Marsella y a sus normas reguladoras. Si durante toda la novela su juego con las identidades ha mostrado a los lectores lo absurdo de estas reglas, con su decisión final de dejar de jugar, las desafía aún más si cabe y las pone en entredicho. Encontrar arraigo en una ciudad como Marsella, supuestamente un espacio transitorio, problematiza los discursos dominantes sobre las identidades nacionales. Más allá de las distinciones nacionales a las que la burocracia pretende someter a los exiliados, la alternativa propuesta en la novela es la de la acción conjunta de un grupo de personas de diferente procedencia nacional, que no solo permite combatir al nazismo, sino también desafiar la lógica dominante sobre las identidades nacionales.

Si la novela *Transit* transcurre en un único país y gran parte de ella en una única ciudad, Marsella, *Zwischenstationen* presenta, en cambio, numerosos y muy diversos espacios, a los que se dirige, a veces en más de una ocasión, la familia protagonista: de San Petersburgo hasta Salzburgo, pasando por Tel Aviv, Viena, Roma, Ámsterdam o Brooklyn. No hay, pues, un único espacio que podría definirse como transitorio, sino varios, de forma que la condición de lo transitorio asociada al espacio se desplaza a la propia existencia de los personajes. La inestabilidad y los cambios de país no son solo los temas fundamentales de la novela, sino también la única variable constante que define la vida de sus protagonistas.

Esto se comprende mejor si atendemos a la estructura narrativa de la novela. El primer capítulo presenta la visita del narrador y sus padres a San Petersburgo cuando el protagonista es ya un joven adulto. La familia visita su ciudad de origen por

primera vez tras su marcha del país para visitar a la abuela enferma, que finalmente muere en 1993. Esta narración es, sin embargo, interrumpida en numerosas ocasiones por una carta, que no va firmada, pero que parece ser escrita por algún familiar, en la que se informa de la muerte de la abuela. Esta carta es la que pertenece al presente de la narración, desde el que el protagonista recupera el recuerdo de la visita a San Petersburgo. También en 1993, es decir, el presente de la novela, se encuentra el narrador en el último capítulo de *Zwischenstationen*, cuando, como he explicado, emprende un nuevo viaje de Viena a Salzburgo para vivir con su novia. Entre uno y otro capítulo, los lectores asisten al relato retrospectivo sobre las diferentes estaciones del exilio, las diferentes paradas de tránsito de la familia. Ahora bien, sería un error entender que este tipo de vida “transitoria” se cierra con el último capítulo. Es verdad que, después de visitar varios países, la familia consigue establecerse en Viena y es verdad también que, después de haber sufrido la marginación por su condición de ser siempre “el otro”, el protagonista reconoce haber hecho propios muchos de los planteamientos culturales del país. Sin embargo, el movimiento tampoco cesa en el último capítulo, pues, aunque desde una postura algo más cómoda que la que tenía cuando era niño, el protagonista decide emprender un nuevo viaje. Si el protagonista de *Transit* se enfrenta a la autoridad vigente reclamando para sí la posibilidad de convertir un espacio transitorio en otro estable y duradero, el protagonista de *Zwischenstationen* también se enfrenta a la autoridad (representada en la figura de los padres, amigos y convenciones sociales), pero para reivindicar la transitoriedad como rasgo distintivo de su identidad.

En este contexto marcado por la transitoriedad, no parece posible que los personajes encuentren un lugar que sentir como su patria. No les será posible en ningún caso en el país de origen, tal y como parece anunciar el texto en el primer capítulo, cuando el protagonista retrata su primer viaje a Rusia para visitar junto a sus padres a su abuela enferma. Después de haber vivido en diferentes países, este ha adquirido otras costumbres, lo que le hace sentirse como un extranjero en San Petersburgo: “Bald weiß ich, warum ich schon auf den ersten Blick als Ausländer zu erkennen bin. ‘Es ist der Respekt vor den anderen und die Selbstsicherheit’, wird mein Cousin später sagen” (Vertlib 2005: 7). Su casa ha cambiado, así como sus familiares, lo que provoca cierta sensación de extrañamiento en el protagonista: “Großmutter war schon lange nicht mehr die dürre, agile Frau von früher, wie ich sie die ganzen Jahre über in Erinnerung hatte. [...] Schon am ersten Tag meines Besuches bin ich plötzlich mit Großmutter allein. Und ich entdeckte, daß wir uns nichts zu sagen haben” (Vertlib 2005: 10). Aunque son pocos los recuerdos que el personaje tiene de su infancia en San Petersburgo, resulta imposible pensar que se puede volver a esa cultura como si nada hubiera cambiado, pues su experiencia le ha hecho distanciarse irremediabilmente de ella.

Si no es en el propio país, el padre confía al menos en poder asentarse con su familia en otro lugar y sentirse en él a gusto y en casa. Como sionista, su primera intención es asentarse en Israel y hacer de este país su hogar y el de su familia. Sin embargo, la realidad dista mucho de la imagen de patria que él había imaginado, lo que lleva a los personajes a abandonar también Israel. Desde este momento, el padre se mueve siempre de país en país (y con él, la familia entera) con la ilusión de encontrar en alguno de ellos el verdadero hogar. Sin embargo, fracasa en todos sus intentos, pues, por mucha necesidad que tiene de encontrar su patria, su proceso de

aculturación no culmina nunca de forma satisfactoria, pues es incapaz de adaptarse a las particularidades culturales y lingüísticas de cada uno de los países. La madre, en cambio, consigue adaptarse mejor a las nuevas situaciones. Por un lado, por su carácter práctico y su capacidad de comprender la situación en la que en cada momento se encuentra la familia, dejando a un lado las ilusiones idealizadas de su marido: “Man muß lernen, sein Schicksal anzunehmen. Unser Schicksal hatte uns nun einmal nach Israel verschlagen. Statt dessen laufen wir schon seit Jahren in einem Labyrinth wie Ratten, die nicht lernfähig sind” (Vertlib 2005: 82). Por otro, por su flexibilidad, que le permite trabajar como limpiadora o, más tarde, como física y matemática, cuando consigue aprender la lengua del país de acogida.

En cuanto al hijo, este cree en un principio todo lo que le promete su padre. Sin embargo, conforme va creciendo, comprende que la realidad es mucho más diversa y compleja. Por eso, durante su último curso en el instituto de Viena, decide centrarse en sus necesidades reales y no en las ficciones sobre la patria que le transmitió su padre durante la infancia:

Das viele Lernen überlagerte zeitweise die Erinnerung an die Zeit in Rußland, Amerika, Italien, den Niederlanden und wo ich sonst überall gewesen war, ertränkte sie in Buchstaben und Jahreszahlen, Logarithmen und Deklinationen, [...], verscheuchte die Sehnsucht nach einer besseren Welt. Die bessere Welt war immer anderswo gewesen, in einem fernen Land des Glücks. Seit meiner frühesten Kindheit hatten die Eltern von diesem Land gesprochen. Dort war ich zu Hause, an einem Ort, wo es keinen Alltag gab. Doch dieses ferne Land war nun, wie einst Atlantis, im Meer versunken (Vertlib 2005: 264).

Frente a las ideas del padre, organizadas en torno a un concepto de patria idealizada, que resulta siempre inalcanzable, el hijo adquiere una identidad que no se adscribe a una única realidad nacional, sino que toma como referencia las experiencias interculturales vividas en los diferentes países. Por ello, se libra finalmente del sentimiento de fracaso y frustración de su padre, pues aprende que el exilio no es un momento transitorio antes de establecerse en otro lugar, sino más bien una condición existencial, una experiencia que le ha hecho convertirse en lo que es (Bischoff 2013: 108). Evidentemente, como ya hemos anunciado con anterioridad, la edad de los personajes resulta fundamental para elaborar su propia idea del exilio. Como el protagonista abandona su país de origen a muy corta edad, no tiene una idea clara de la patria, por lo que no sentirá la necesidad de encontrarla, ni en su país de origen, ni en el resto de países en los que vive. Para él lo fundamental no consistirá en restituir un país o una identidad perdida, sino en saber sobrellevar de la mejor forma posible su condición de exiliado y en forjarse una identidad durante el proceso. Una identidad que el personaje construye entre trenes, el espacio transitorio por excelencia, y cuyo rasgo principal es precisamente su capacidad de transitar entre las culturas, entre los espacios.

5. Conclusiones

Las diferencias relativas al contexto histórico en *Transit* y *Zwischenstationen* hacen que nos encontremos ante dos novelas con una temática diferente. El texto de Seghers es la historia de una huida y de la lucha por la supervivencia durante la Segunda Guerra Mundial; *Zwischenstationen* presenta, en cambio, la de una familia que busca su sitio tras no poder volver a su país de origen, Rusia, pero tampoco querer quedarse en Israel. Lo que emparenta a ambos textos es la progresiva toma de conciencia de los protagonistas sobre la importancia de las relaciones interculturales en la construcción de la identidad. Su condición de exiliados les permite revisar críticamente tanto la cultura propia como la de los países de acogida y sus cambios respecto a la concepción sobre una y otra cuestionan la idea de identidad nacional como una categoría fija y estable. Al moverse por espacios transitorios, los personajes consiguen además problematizar las fronteras nacionales y los conceptos de patria o procedencia. La decisión del protagonista de *Transit* de quedarse finalmente en Marsella a luchar con sus amigos franceses es doblemente subversiva: No solo porque propone una lucha antifascista internacional, sino también porque decide desatender las normas reguladoras de la burocracia del momento. También el personaje de *Zwischenstationen* cuestiona, aunque a otro nivel, las convenciones sociales y, en lugar de intentar asentarse definitivamente en un lugar, reivindica el movimiento continuo, la transitoriedad, como rasgo distintivo de su identidad.

El intento de discutir dos obras de épocas distintas y en función de conceptos como la interculturalidad o la dimensión transitoria de los espacios ha resultado productivo, no solo porque nos permite nuevas lecturas para una obra ampliamente estudiada como es *Transit*, sino también porque posibilita comprobar cómo un texto de la literatura del exilio clásico alemán adelanta ya algunos aspectos que encontramos en novelas contemporáneas como *Zwischenstationen*. Analizar cómo ya la obra de Seghers problematiza el concepto de identidad nacional nos lleva pues a poner de manifiesto un aspecto de la novela desatendido por interpretaciones anteriores, pero también a comprender mejor y con mayor precisión narraciones actuales sobre el exilio.

6. Referencias bibliográficas

- Becker, S / Krause, R, «Exil ohne Rückkehr. Literatur als Medium der Akkulturation nach 1933», en: Becker, S./ Krause, R. (eds.), *Exil ohne Rückkehr*. Múnich: edition text + kritik 2010, 1-16.
- Bhabha, H. K., *The location of culture*. Londres / Nueva York: Routledge 2002.
- Bischoff, D., «Exil und Interkulturalität – Positionen und Lektüren», en: Bannasch, B. / Rochus, G. (eds.), *Handbuch der deutschsprachigen Exilliteratur. Von Heinrich Heine bis Herta Müller*. Berlín / Boston: de Gruyter 2013, 97-119.
- Bronfen, E., «Entortung und Identität: Ein Thema der modernen Exilliteratur», *The Germanic Review* 69: 2 (1994), 70-78.
- Delfau, C., «Zwischen den Welten. Zur Poetik des Transitorischen in Anna Seghers' Roman *Transit* und ihrer Novelle *Überfahrt*», en: Becker, S. / Krause, R. (eds.), *Exil*

- ohne Rückkehr. *Literatur als Medium der Akkulturation nach 1933*. München: edition text + kritik 2010, 38-56.
- Delianidou, S., *Transformative, transitäre, transgressive Identitätsmodelle. Autothematische Exilliteratur zwischen Moderne und Postmoderne*. Würzburg: Königshausen & Neumann 2010.
- Gerhard, U., «Literarische Transit-Räume. Ein Faszinosum und seine diskursive Konstellation im 20. Jahrhundert», en: Lange, S. (ed.), *Raumkonstruktionen in der Moderne*. Bielefeld: Aisthesis 2001, 93-110.
- Giménez Calpe, A., «Marseille: Transit-Ort oder Heimat? Interkulturalität in Anna Seghers' 'Transit'», en: Zanasi, G. / Perrone, L. / Nienhaus, S. / Morlicchio, E. / Gagliardi, N. (eds.), *Das Mittelmeer im deutschsprachigen Kulturraum: Grenzen und Brücken*. Tübingen: Stauffenburg 2018, 199-210.
- Hilzinger, S., *Anna Seghers*. Stuttgart: Reclam 2000.
- Müller-Salget, K., «Totenreich und lebendiges Leben. Zur Darstellung des Exils in Anna Seghers' Roman *Transit*», en: Koepke, W. / Winkler, M. (eds.), *Exilliteratur 1933-1945*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft 1989, 333-354.
- Hofmann, H. M., «Erzählungen der Flucht aus raumtheoretischer Sicht. Abbas Khiders *Der falsche Inder* und Anna Seghers' *Transit*», en: Hardtke, T. / Kleine, J. / Payne, C. (eds.), *Niemandsbuchten und Schutzbefohlene: Fluchträume und Flüchtlingsfiguren in der deutschsprachigen Gegenwartsliteratur*. Göttingen: V & R 2016, 97-121.
- Meyer, L., «'Mein Leben geht ganz daneben' – Angst und Verzweiflung in den Romanen *Transit* von Anna Seghers und *Die Nacht von Lissabon* von Erich Maria Remarque. Zur Vermittlung beider Romane im Unterricht», en: *Argonautenschiff (Jahrbuch der Anna Seghers-Gesellschaft)* 20 (2011), 120-128.
- Placke, H., «Fluchtpunkt Marseille – das Elend der Réfugiés, dargestellt in den Romanen *Transit* (1944) von Anna Seghers und *Die Nacht von Lissabon* (1961) von Erich Maria Remarque», en: *Argonautenschiff (Jahrbuch der Anna Seghers-Gesellschaft)* 20 (2011), 151-170.
- Ramsperger, C., «Vladimir Vertlib *Zwischenstationen* (1999)», en: Bannasch, B. / Rochus, G. (eds.), *Handbuch der deutschsprachigen Exilliteratur. Von Heinrich Heine bis Herta Müller*. Berlin / Boston: de Gruyter 2013, 570-577.
- Riegler, R., *Das Verborgene sichtbar machen. Ethnische Minderheiten in der österreichischen Literatur der Neunziger Jahre*. Nueva York: Peter Lang 2010.
- Rilla, P., *Essays. Kritische Beiträge zur Literatur*. Berlin: Henschel 1955.
- Said, E., «Reflections on Exile», *Granta* 13 (1984), 159-172.
- Seghers, A., *Transit*. Reinbek bei Hamburg: Rowohlt Taschenbuch Verlag 1966.
- Vertlib, V., *Zwischenstationen*. München: dtv 2010.
- Wilhelmer, L., *Transit-Orte in der Literatur. Eisenbahn – Hotel – Hafen – Flughafen*. Bielefeld: transcript 2015.
- Willeke, S., «'Tschuschen' und 'Saujuden'. Kultureller Identitätswechsel in dem Roman *Zwischenstationen* von Vladimir Vertlib», *Studia theodisca* XXI (2014), 153-174.